

VALLADOLID



Siempre atrasado en una moda...
¡pero no se lo digan VV.!



De la calle del Sacramento.



Los porta les de la cesta.



Un pistolo de la Universidad.



Vino de Rodilana á comprar un sombrero
en el Bolo de la Antigua, pero ¡ya se ve! le han
hecho tantos encargos...



Un Rata de aquí.



Para moños espigaditos...
¡los de Tordesillas!



De la calle de Santiago al arco de ladrillo.
Tomamos el apunte de espaldas... porque hoy
no han salido á paseo las niñas bonitas.



Echando pan á los peces
de la cascada.



lit. de Bravo Desengaño 14 y Madera 8. Madrid.



De la Academia de caballería.

En todas las esquinas.



La torre de la Antigua.



De tierra de Medina del Campo.

VI VALLADOLID

—¿Adonde?—Al Siglo...
.....
—Aquí tienes
la capital de Castilla,
donde yo pasé la dulce
primavera de la vida,
almorzando eternamente
huevos fritos y salchichas,
y aborreciendo de firme
los libros de medicina.
¿Ves? El hospital. Entre esas
paredes medio caídas,
he temblado muchas veces:
en Enero, cuando había
cátedra de Osteología
á las ocho y con neblina,
y en Junio, cuando llamaban
á mi anterior en la lista.

—
¡Cuántos recuerdos! ¡qué gusto!
¡qué de emociones distintas!
Las largas horas del Suizo
dando golpes á las fichas,
los paseos por la acera,
los bailes, la estudiantina,
y aquel anhelar continuo
las vacaciones benditas,
para volar á la aldea
á abrazar á aquellas chicas
que ya estarán á estas horas
casadas y con familia...
y aquel escribir á casa
contando cuatro mentiras,
para gastar en pasteles
botas, textos y matriculas!

—¿Ya no me conoce usted,
señora doña Faustina?
—No caigo.

—¡Voto al demonio!
¡Así viva usted cien días
por cada vez que esas manos
me han planchado la camisa!
—¡Ah!...

—¿Va usted haciendo memoria?
—¡Un abrazo!
—Eso es harina
de otro costal; no, señora,
¡yo soy joven todavía!
—¿Está usted desconocido!

—Lo supongo. ¿Y su sobrina?
—Se casó en Matapuzuelos.
—¿Y Luciano?
—En Valdecastillas
de médico. ¡Tiene fama!
—¿Sí? Pues nadie lo diría.
—¿Y Hermenegildo?
—Está en Cuba.
—¿Y Joaquín?
—Está en Manila.
—¡Demonio con mis queridos
compañeros de fatigas!
—Almuerce usted con nosotros.
—No puedo, andamos de prisa.
—Tenemos extraordinario.
—¿Sí, eh?
—¡Huevos y salchichas!

—
—Con grandes dificultades
tuchará tu lápiz, Cilla,
porque no tiene esta tierra
rasgos ni costumbres típicas
y es tan pobre de detalles,
como es en productos rica.
Reflejo fiel de la corte,
que es su espejo y su manía,
la imagen de los Madriles
te devuelve reducida,
y puedes tomar apuntes
en la calle de Sevilla.
Los mismos setemesinos...
más gomosos todavía,
idénticos calaveras,
con la marca distintiva
de acostarse más temprano
y no beber manzanilla.
Y así sucesivamente,
estudiantes y modistas,
ancianos, mozos y niños,
mozas, ancianas y niñas.
La población... Ahí la tienes,
es muy grande y muy bonita,
y á juzgar por lo que veo,
prospera más cada día.
El Campo Grande es hermoso
y la cascada magnífica.
Si no están bien las peceras
que la *desnaturalizan*,
tiene la culpa tan sólo
la naturaleza misma,

que no ha inventado cascadas
con peceras todavía.
La fachada de San Pablo
te será muy conocida
porque se han sacado de ella
cientos de fotografías...

—
¡Hombre! Novedad tenemos.
En mis tiempos no existía
el pasaje de Gutiérrez,
que es una calle muy linda,
de muy buen gusto, elegante,
por todos conceptos digna
de un pueblo de la importancia
del granero de Castilla.
Porque, aquí donde la ves,
Valladolid de mi vida
es una de las mejores
capitales de provincia,
que tiene cuatro teatros
de los cuales dos, no envidian
á los más grandes de España;
café, paseos, tranvías,
dos círculos de primera
(no sé si con ó sin *timba*)
un comercio floreciente,
muchas fábricas de harinas...
y ante todo y sobre todo
tiene á don José Zorrilla,
el vate de nuestro siglo,
el árbitro de la rima;
y, aunque nada más tuviera,
ilustre y noble sería.

—
Este grandioso edificio
que se está alzando á la orrilla
del Esgueva, es, según dicen,
colegio de Medicina.
Admirable me parece
la construcción. ¡Falta hacia!
Aquí las salas de enfermos,
aquí las clases, las clínicas,
esto jardín, esto patio...
¡Hombre! Me gusta y me admira
el gran hospital futuro...
Si no fuera por la prisa
con que vengo, y porque acaso
se me cansara la vista
estudiando el esfenoides,
¡por estas cruces que iría

á que me arreglara el cuarto
mi buena *señá* Faustina
y en Valladolid quedaba
y echaba al diantre la lírica
solo por matricularme
de nuevo en anatomía.

—Ricardo!
—¡Tú aquí!
—¡Yo mismo!
—Pues, hijo, á buscarte iba...
porque como sé que vives
aquí, y no encuentro ni pizca
de lo que dejé al marcharme,
tengo que pedir un guía.
—¡Con mucho gusto!

—Pues anda.
—¿Y el Consistorio?
—Esas ruinas.
—Sí; las ruinas ya las veo;
pero, ¿por qué no las quitan?
—No lo sé; probablemente
querrán que se hagan antiguas,
y vengan á visitarlas
los sabios y los *turistas*.
¡Acaso entre esos escombros
encuentre cualquiera un día
documentos importantes!
—Tal vez, ¡pero está bonita
la plaza de esta manera
con la acera demolida!
¿Por qué no edifican?

—¡Toma!
¡me hace gracia la noticia!
Eso es lo que aquí queremos
saber, por qué no edifican.

—(Nos quedan veinte minutos)
—Buenos días.
—Buenos días.
—Veamos; ¿tiene usted algo
qué comer?

—¿En la cantina,
ó para llevarlo al coche?
—Para llevarlo.

—Usted diga
lo que quiere.
—Cualquier cosa.
—Bueno; huevos y salchichas...
SINESIO DELGADO.